

INVESTIGACIÓN

Para una
constelación
espiritual
constitutiva de
Theodor W.
Adorno

Homenaje mínimo a cincuenta años de su fallecimiento

For a constitute
spiritual constellation of
Theodor W. Adorno

Gibrán Larrauri Olguín*

UNIVERSIDAD CATÓLICA LUMEN GENTIUM, MÉXICO

gibran.larrauri@gmail.com

Resumen

Este trabajo pretende responder a una pregunta axial en el acercamiento al estudio de la obra de Adorno. ¿Cómo germinó en él el espíritu crítico? Entender esto, supone, desde mi perspectiva, conocer su vida más temprana, su infancia y juventud. La sensibilidad que subyace y de hecho motoriza el trabajo crítico de Adorno tiene como telón de fondo una infancia y una juventud invadidas, dañadas, por la convicción de que la verdad del drama humano deambula en lo negativo y sintomático, en lo disonante y lo no-idéntico. Se propone, entonces, hacer un recorrido por cómo fue que Adorno conoció personalidades que le ayudarían a dar forma a su discurso, uno que combina la intensidad del afecto con el rigor del concepto. En esta historia, su encuentro con Alban Berg es capital.

PALABRAS CLAVE: Adorno, juventud, influencias espirituales, Alban Berg, psicoanálisis.

Abstract

The work aims to answer an axial question in the approach to the study of Adorno's work. The question is: how did the critical spirit germinate in it? Knowing this implies, in my perspective, analyzing your life. The sensibility that underlies, and in fact motorizes, Adorno's critical work has as its backdrop a childhood and youth invaded, damaged, by the conviction that the truth of human drama roams in the negative and symptomatic, in the dissonant and the non-identical. It is then proposed to take a tour of how Adorno met personalities that would help him shape his speech, one that combines the intensity of affection with the rigor of the concept. In this story his encounter with Alban Berg is capital.

KEYWORDS: Adorno, youthfulness, spiritual influences, Alban Berg, psychoanalysis.

Recepción 24-01-29 / Aceptación 25-02-20

* Practicante del psicoanálisis. Doctor en Filosofía por la Universidad Iberoamericana. Docente del Departamento de Filosofía de la misma institución. Profesor invitado de la Universidad de la Cuenca del Plata, Corrientes, Argentina. Autor de los libros: *Bataille y el psicoanálisis. Freud, Lacan y la heterología* (Ciudad de México: Ediciones Navarra, 2015) y *Negatividades de lo escópico. Mirada, subjetividad, poder* (Ciudad de México: Samsara, 2017). Integrante del comité editorial de la *Revista de Filosofía* de la Universidad Iberoamericana y de la *Revista Litoral* de La École lacanienne de psychanalyse.

Jefaturas espirituales

¿Qué influencias espirituales e intelectuales tuvo el joven Adorno, las cuales ayudarían a conformar lo que él mismo nombraría a la postre su “ciencia melancólica”, su “filosofía atonal”? De la revisión de sus propios testimonios, así como del trabajo biográfico a él dedicado por Stefan Müller-Doohm,¹ se deduce que estas influencias constituyen una “constelación”. Con este término apelo, evidentemente, a una de las nociones conceptuales de mayor potencia en Adorno, misma que fue inspirada por Walter Benjamin.

Según Martin Jay, el “término astronómico” de constelación designa en Adorno: “un conjunto yuxtapuesto, más que integrado, de elementos cambiantes que se resisten a ser reducidos a un común denominador, a un núcleo central o a un primer origen generador”.² Si esto es así, siendo estrictos, hay que subrayar que la analogía que propongo entre la connotación teórica de constelación, y su sentido más bien genealógico y espiritual encuentra rápidamente su límite. Los elementos de una constelación, en sentido crítico, no pueden ser remitidos a una centralidad, so pena de convertir la constelación misma en organigrama u ontología. En cambio, cuando yo propongo concebir el cúmulo de influencias críticas que conformaron el genio adorniano, el apellido Adorno, precisamente, viene a ocupar una posición central. En esta constelación hay un eje dominante: Adorno. Planteo, no obstante, que esta constelación espiritual, es la constelación de posibilidad para la existencia del pensamiento de Adorno. El espíritu tiene preeminencia sobre el concepto. Existe, pues, una constelación en la vida de Adorno que no se ajusta al carácter

¹ De los tres trabajos biográficos sobre Adorno que he revisado, el de Claussen (2006), el de Jay y el de Müller-Doohm, este último es, a mi entender, el más completo en su documentación y rigor teórico. En razón de esto, mi trabajo se recargó notablemente en él.

² Martin Jay, *Adorno*, Manuel Pascual Morales, trad. (Madrid: Siglo XXI, 1988), 5.

antiontológico que él le adjudicaría. Esa excepción constelar es aquella de su propia formación espiritual.

En mi opinión, tal constelación espiritual adorniana está conformada de ocho estrellas: su madre y la hermana de ésta, María y Agathe Calvelli-Adorno, transmisoras del mundo de la música; Gretel Karplus, compañera de vida y en buena medida editora y autora latente de su obra; los intelectuales judío-alemanes Siegfried Kracauer, Walter Benjamin y Max Horkheimer; el académico neokantiano Hans Cornelius, tal vez la estrella de menor luminosidad de la constelación; y por último, el músico atonal Alban Berg, quien, según mi lectura, tuvo la mayor gravedad sobre la joven humanidad de Adorno. La exposición de Adorno a la luz y peso de estos astros, entre la fecha de su nacimiento y 1925 aproximadamente, *aurificaron*³ su densidad estética, teórica y ética.

Una madre cantante. Una tía pianista

El padre de Adorno, Oscar Alexander Wiesengrund (30 de julio de 1870 - 8 de julio de 1946) fue un célebre comerciante de vinos originario de Fráncfurt, de quien se cuenta que “participaba vivamente en los actos culturales de la ciudad”. Esa asiduidad “comprendía frecuentes conciertos y ofertas operísticas”. Será en este contexto que Oscar conozca “a dos mujeres extraordinarias de la sociedad francfortiana”: María Bárbara Calvelli-Adorno (30 de julio de 1865 - 23 de febrero de 1952) y Agathe Calvelli-Adorno (27 de septiembre de 1868 - 21 de junio de 1935). Este par de hermanas, que a decir verdad parecían gemelas, difícilmente se

³ Si nos sometemos a la hegemonía lingüística de la lengua castellana, es evidente que este verbo no “existe”. Se trata de un neologismo que he inventado para dar cuenta del “aura” —concepto benjaminiano— que en este caso quiere dar a entender que aludo al carácter único del estilo adorniano, a aquello que hace las veces de su aquí y ahora infalsificable.

perdían algún acto musical en la ciudad.⁴ Pronto, Oscar y María, a golpe de encuentros polifónicos, se enamorarían. Otro poco tiempo después se embarazarían de un niño que nació el 11 de septiembre de 1903, en la misma ciudad de Fráncfurt.

Según Stefan Müller-Doohm:

María Calvelli-Adorno había mejorado su posición social con su matrimonio y es indudable que ese éxito dio alas a su autoestima. Con su catolicismo, matizado a la italiana y a la francesa, representaba una mezcla de romanticismo y entrega idealista. Como anterior cantante en Viena, capital del imperio austriaco, y en Riga, era propensa a una inconstante vida artística, que tenía rasgos cercanos a lo bohemio.⁵

María y Agathe Calvelli-Adorno bautizaron estéticamente al niño Theodor con el agua de su amor a la música: “Las dos mujeres, entre ellas Agathe, soltera de por vida, acogieron con alegría la tarea de educar al prometedor retoño, y consideraron que también le convenía una formación musical e intelectual”. Desde su nacimiento “el niño creció en un mundo musical. La madre o la tía lo adormecían con la nana de *Buenas noches* de Brahms”.⁶

El deseo de la madre tendrá las mayores consecuencias en la forma de nombrarse de Theodor:

La madre de Adorno, una mujer que siempre se sintió orgullosa de su procedencia, se empeñó, de acuerdo con la saga familiar, en que el apellido paterno del hijo se completara con el materno: Adorno. El afortunado niño

⁴ Stefan Müller-Doohm, *En tierra de nadie. Theodor W. Adorno: una biografía intelectual*, Roberto H. Bernet y Raúl Gabás, trads. (Barcelona: Herder, 2003), 38.

⁵ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 44-45.

⁶ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 39.

conservará, al llegar a adulto, esta unión de nombres y la utilizará al principio de su carrera publicista y académica. Pero introducirá un pequeño cambio, pues en el exilio en California, cuando se nacionaliza, renuncia al apellido “Wiesengrund” en la forma inicial, y en adelante firma como “Theodor W. Adorno”. Esta decisión contra el apellido completo de Wiesengrund y a favor del apellido Adorno, del norte de Italia, que en tiempos del abuelo corso se había añadido para impresionar, indica dónde estaban las inclinaciones personales del que había de ser compositor, teórico de la música y filósofo.⁷

El-nombre-de-la-madre será el que el niño prodigio preferirá para ser identificado. En éste cristaliza lo que según él mismo fue su mayor deseo y afinidad: la música. En una carta a Alban Berg, Adorno dice que no se consideraba “en el mundo otra cosa que un compositor”, alguien que hubiese “preferido mandar todo lo demás al demonio”.⁸ Este deseo explica por qué, de todas las expresiones artísticas, la música fue la que más escrituras (con letras y notas) y reflexiones le suscitó a Adorno, basta hojear sus *Obras completas* para comprobarlo. Adorno, educado en la tradición musical occidental más elevada, fue un feroz crítico de las modalidades que lo musical adoptaría por influjo de la sociedad del capitalismo intensivo. La música popular del siglo xx, diseñada para el consumo masivo involuntario, será nominada por él como “música estabilizada”,⁹ música alineada que no es más que mercancía para el olvido de la patología social y de la propia. Esta posición musical le acarrió a la postre ciertas limitantes como, por ejemplo, su incapacidad para apreciar que algunas propuestas musicales, notablemente el jazz y la música de protesta, no sólo estaban determinadas por el consumo masivo y su inherente banali-

⁷ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 40.

⁸ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 242.

⁹ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 163.

zación, sino también, ante todo, por las experiencias de sufrimiento que trae consigo el colonialismo y otras formas de humillación.

De Agathe, por su parte, “hablaba con cariño su sobrino como de su ‘segunda madre’”. Ella contribuyó de manera determinante “a la musicalidad en la casa, donde se cantaba de la mañana a la noche o se tocaban al piano sonatas de Bach, Mozart y Beethoven”. A sus diez años, por efecto de esta inmersión temprana, Adorno era ya frecuente asistente a conciertos. Agathe Calvelli “no sólo se preocupó de la formación musical de su sobrino, sino también de la literaria. Las pocas cartas privadas entre ambos que nos han llegado dan testimonio con toda claridad de una relación íntima, amparada por una confianza sin reservas”.¹⁰

María y Agathe Calvelli-Adorno son, pues, los primeros dos luceros que insuflan la visión de un Adorno, quien:

Siendo ya adulto recordaba que “estaba presente cuando su madre cantaba en conciertos de beneficencia. Porque, según decía, se identificaba plenamente con la madre, después de los aplausos escalaba el podio y, sin que nadie se lo pidiera, empezaba a declamar poesías. Calificaba de capacidad de concentración su facultad de hablar con fluidez y daba a su impulso el nombre de exhibicionismo”.¹¹

En función de esta constelación de objetos libidinales —la voz de la madre, el deseo de hacerse ver y oír...— con justeza Müller-Doohm señala que: “Podemos suponer que un sentimiento fundamental de seguridad emocional y material, junto con el abrigo en la esfera sensible de la música, estructuró la formación de la personalidad de Adorno”, en tanto la

¹⁰ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 45.

¹¹ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 45.

música fue “el medio primario por el que se estableció su intensa vinculación con las dos mujeres dentro de la familia. Y a la vez, el cultivo intenso de la música fue una temprana fuente de vivencias de éxito sumamente personales en la época de crecimiento”.¹²

Esta influencia femenina-musical naturalmente llevará al Adorno adolescente al estudio formal de la música. El mismo año en que concluyó el bachillerato se inscribió en el conservatorio de Joseph Hoch. A raíz de la Primera Guerra Mundial, el conservatorio entró en crisis, esto orilló a Adorno a continuar sus estudios musicales en composición de manera privada con Bernhard Sekles, y en el piano con Eduard Jung,¹³ ambos formaban parte del mismo conservatorio. De esta época datan las primeras composiciones musicales de Adorno. Una de ellas, “Cuarteto de cuerda”,¹⁴ sería ejecutada hacia 1923 por el Lange-Quartett, bajo el auspicio de Hermann Scherchen, quien por entonces “dirigía los conciertos del Museo, era responsable de la ‘semana de la nueva música’”¹⁵ y, cosa muy importante, le presentaría a Adorno al vienés Alban Berg.

Primera inmersión adorniana en la filosofía: Siegfried Kracauer

Por esa misma época de sus estudios musicales, Adorno conoció a Siegfried Kracauer (8 de febrero de 1889-26 de noviembre de 1966), presumiblemente por intermedio de su madre y de su tía. Kracauer era un destacado intelectual judío y observador sociológico que había hecho

¹² Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 45-46.

¹³ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 67.

¹⁴ Presumiblemente se trata de esta pieza escrita hacia 1921 y disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=v5Tc4mXodrI>

¹⁵ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 67-68.

estudios en arquitectura, filosofía y sociología en Berlín. Poco tiempo después de conocerse, hacia 1920, Kracauer publicó su *Sociología como ciencia*. Como sabemos, Adorno se convirtió, con el pasar de los años, en uno de los máximos representantes de la sociología alemana contemporánea. Con Kracauer, Adorno comenzó su voluminoso paso por la filosofía. Él mismo así lo expresó: “A lo largo de años los sábados por la tarde leía regularmente conmigo la *Crítica de la razón pura*. No exagero en lo más mínimo si digo que debo más a esa lectura que a mis maestros académicos”.¹⁶ Además de a Kant, Kracauer introdujo a Adorno a las obras de Hegel y de Kierkegaard: “Allí el más joven era el aprendiz, aquel de quien se consiguió que ‘la filosofía le hablara’”. Más claro: Kracauer instaló en su joven pupilo la exigencia de que los textos filosóficos debían leerse como una “especie de escrito cifrado”, debían encararse “desde el estado histórico del espíritu”.¹⁷ Según Adorno: “Sin que pudiera darme cuenta plenamente, a través de Kracauer me hice por primera vez con el momento expresivo de la filosofía: decir lo que se le manifiesta a uno”.¹⁸ Esta declaración no es menor en alguien que llegó a pensar que vivimos en la época de la extinción de la expresión auténtica por obra de la administración de la vida.

Hay varios rasgos más del estilo de pensamiento y existencia de Kracauer que, eventualmente, serán también distintivos de Adorno. En este sentido, destaca su común rechazo al repudio de la racionalidad expresado por los diferentes vitalismos, en particular por el nietzscheano. Kracauer abogaba por una “valentía ante el horror del vacío dominante”,¹⁹ lo cual suponía no poner en la cuenta de la razón, a secas, la decadencia

¹⁶ Citado en Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 73.

¹⁷ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 75.

¹⁸ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 75.

¹⁹ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 80.

de la cultura alemana y occidental a inicios del siglo xx. Kracauer fue también, por lo demás, pionero en Alemania de la crítica cinematográfica y, más en extenso, de lo que después Adorno llamaría “industria cultural”. Kracauer aseveraba que en las manifestaciones de tal industria yacía una condensación de las tendencias culturales y políticas de la sociedad.²⁰

En el fallecimiento de su primer maestro de filosofía, Adorno se refirió a él como un hombre “blindado contra las ideologías”.²¹ Lo mismo podría decirse, sin forzarlo, del propio Adorno. Desde cierto punto de vista, la tarea general de Adorno fue la crítica a la ideología moderna; ésta la llevó a cabo a través de las producciones culturales. Debe sumarse el rescate de lo singular, de lo monádico que, en su pequeñez, habla por la generalidad, como una de las más significativas herencias que Kracauer legó a Adorno. De acuerdo con este último, Kracauer: “...reconoció que las denominadas cuestiones filosóficas fundamentales sólo pueden de algún modo abordarse no en la generalidad abstracta, sino de forma concreta, sumergiéndose en lo existente. Lo inferior, lo excluido por la gran filosofía, se le fue presentando cada vez más como escenario del pensamiento”.²² Kracauer pensaba en torno “a aquello contra lo cual el pensamiento ya atenta con ser uno [...] lo indisoluble, lo particular, ‘la mancha negra’ del propio pensamiento”.²³

Tal vez la gran diferencia entre Adorno y Kracauer, además de la edad, fue que mientras este último hacía “valer sin cobertura institucional alguna su autoridad intelectual”,²⁴ Adorno siempre encontró esa cobertura, ya fuera en un instituto, una fundación o una universidad.

²⁰ Theodor W. Adorno, “En la muerte de Kracauer”, en *Miscelánea I, Obras completas 20/1* (Madrid: Akal, 2010), 188.

²¹ Adorno, “En la muerte de Kracauer”, 188.

²² Adorno, “En la muerte de Kracauer”, 189.

²³ Adorno, “En la muerte de Kracauer”, 189.

²⁴ Adorno, “En la muerte de Kracauer”, 187.

Gretel Karplus, el amor berlinés de la vida de Adorno

La empresa de Oscar Alexander Wiesengrund tenía estrechos contactos con la fábrica Karplus & Herzberger, dedicada a la elaboración del cuero en Berlín. Con frecuencia ambas familias empresarias se encontraban. Fue de esta manera que Adorno conoció a la mujer con quien pasaría su vida: Gretel Karplus (10 de junio de 1902-16 de julio de 1993). El flechazo entre ambos fue inmediato, según testimonio de la propia Gretel. Con ella Adorno se casó en Londres hacia 1937, Max Horkheimer fue testigo de la unión.

Para cuando Adorno inició su relación con Gretel, ella había terminado sus estudios de doctorado en Química a los 23 años, y formaba parte de una *sui generis* comunidad intelectual de Berlín. Gretel tenía entonces por amigos, entre otros, a Bertolt Brecht, Ernst Bloch y Walter Benjamin. Con este último ya se había conocido Adorno por intermedio de Kracauer. En el amor a ambos, a Gretel y a Benjamin, se hallan las razones por las que desde mediados de la década de 1920 y hasta antes de su exilio a Inglaterra, Adorno tuvo por segunda ciudad a Berlín. De acuerdo con Müller-Doohm, después de contraer matrimonio con Adorno, Gretel:

...apoyó de una forma llamativamente desinteresada al “niño de sus cuidados” en los trabajos de escritor, y contribuyó a que Adorno pudiera perseguir sus ambiciones con una relativa despreocupación de las cargas cotidianas, tanto durante los años de la emigración americana, como después de su regreso a la universidad de Fráncfort: sólo así pudo crear una obra que se halla entre las más importantes del siglo.²⁵

²⁵ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 91.

Gretel era la primera persona en conocer los pensamientos de Adorno: “[...] ello lo afianzaba en sus propósitos, pero le prevenía también frente a posibles errores en uno u otro caso”. Gretel recurrentemente escribía al margen de los borradores de Adorno: “Precaución TWA”. El trabajo de edición de Gretel “se refería bien a formulaciones no logradas, bien a ciertas afirmaciones que no le parecían suficientemente plausibles por el contexto del contenido”. Adorno, por su parte: “había adquirido la costumbre de dictarle sus ocurrencias y primeras reflexiones sobre la base de unas pocas anotaciones escritas”.²⁶

Gretel y Theodor nunca tuvieron hijos. No obstante, si es cierto que un libro es como un hijo, y dada la colaboración invaluable entre ambos, puede hipotetizarse que cada uno de los textos publicados bajo el nombre de Adorno, incluido la *Dialéctica de la ilustración* —escrita junto a Horkheimer— podrían concebirse como la suplencia de los hijos biológicos que esta pareja no dio a luz. Fue mediante su relación con Gretel como Adorno pudo darnos una definición de lo que consideraba el verdadero vínculo amoroso, en donde, a mi parecer, claramente está contenido el porqué de su crisis en la contemporaneidad. En su *Minima moralia* el frankfurtiano escribió: “Sólo serás amado donde puedas mostrarte débil sin provocar la fuerza”.²⁷ El amor entre Adorno y Gretel fue fiel representante de esta sentencia. Esto no suponía, por supuesto, que la pareja estuviera exenta de conflictos. De hecho Adorno era de la opinión que: “Son las mejores y más felices relaciones las que en general conducen a conflictos”.²⁸ Estaba consciente de una “imposibilidad de llegar por completo al fondo del amante”. De esa imposibilidad, que hace las veces del elemento

²⁶ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 91.

²⁷ Theodor W. Adorno, *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada. Obra completa 4* (Madrid: Akal, 2013), 199.

²⁸ Citado en Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 93.

de negatividad en la experiencia del amor, también decía Adorno que surgía “inexorablemente la soledad”.²⁹ El largo amor entre Gretel y Theodor, su incansable colaboración, se sostuvo por la tolerancia a esa imposibilidad de unión absoluta, por haber renunciado, sin huir uno del otro, a la fantasía de complemento ideal.

Adorno conoce a Benjamin, “el mago”

En “Recuerdos”, texto adorniano sobre Walter Benjamin que data de 1964, se puede leer nada más al inicio:

Tan profunda fue mi impresión cuando conocí a Benjamin, que me resulta imposible decir con total exactitud *cuándo* lo conocí. Sé que corría el año 1923. Pero lo vi en dos breves ocasiones sucesivas, y no puedo decir con seguridad cuál fue la primera. En cualquier caso, una vez en una cita en el café Westend, situado en la plaza de la Ópera de Fráncfurt, junto con mi amigo Kracauer, que había preparado el encuentro. Y la otra —y en verdad ya no sé si esta segunda fue anterior— en un seminario, un seminario de sociología que dirigía el recién fallecido Gottfried Salomon-Delatour.³⁰

Benjamin había ido a Frankfurt con el plan de habilitarse como profesor en la universidad de esa ciudad, intento que, como se sabe, se vio frustrado. Según Adorno, ambos se veían “al menos una vez por semana” durante el tiempo que el berlinés estuvo en aquel lugar; luego sería en Berlín.³¹ Continúa Adorno:

²⁹ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 93.

³⁰ Theodor W. Adorno, “Recuerdos”, en *Miscelánea I, Obra completa 20/1* (Madrid: Akal, 2010), 165.

³¹ Adorno, “Recuerdos”, 165.

Creo que también una vez en Italia, concretamente en Nápoles, y probablemente en el año 1925, pero no podría jurarlo. Difícilmente se podría decir que nuestros encuentros tuvieran una “finalidad”. Nos reuníamos tal y como hace cuarenta años solían hacerlo los intelectuales, simplemente para conversar y tratar un poco de aquellos huesos teóricos que andaban royendo. Era lo que Benjamin y yo hacíamos. Yo era entonces muy joven, él once años mayor, y yo me sentía desde todo punto de vista la parte receptiva.³³

Dos cosas habría que subrayar aquí. Una: que como le pasó con Kracauer, Adorno era menor que Benjamin y, en parte por ello, estaba ante él en una posición “receptiva”. Dos: esa estancia a la que alude Adorno en Nápoles, hacia 1925, en la que, hasta donde sé, no sólo estuvo allí con Benjamin sino también con Kracauer, será de mayor relevancia para su inclinación materialista en filosofía. En una carta de Adorno a Alban Berg, fechada el 30 de febrero de 1926, el joven filósofo “toma consciencia del cambio de su orientación filosófica basado en las discusiones con Walter Benjamin, que tuvieron lugar en Nápoles el verano de 1925”.³⁴ Presumiblemente, tal cambio de orientación filosófica supuso para Adorno afirmarse en la perspectiva materialista dialéctica y estética, y en paralelo, una merma de sus intereses en el idealismo trascendental. Esta conjetura se fundamenta en el contenido de los trabajos teóricos producidos por Adorno desde 1927. Allí es evidente que Marx pasa a ocupar, en buena medida, el lugar protagónico que antes tenía Kant.

Más adelante en “Recuerdos” Adorno escribió: “Si digo que desde el primer momento tuve de Benjamin la impresión de que era uno de los hombres más importantes que jamás hubiera conocido, no estoy proyectando al pasado ninguna fantasía”.³⁵ El impacto que Benjamin provocó

³³ Adorno, “Recuerdos”, 165.

³⁴ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 121.

³⁵ Adorno, “Recuerdos”, 167.

al Adorno de veinte años es comparable a aquel que el circo produce en el niño:

Si he de escribir su aspecto exterior, tendría que decir que Benjamin tenía algo de mago, pero en un sentido nada metafórico, sino muy literal. Uno podría muy bien imaginárselo con un sombrero muy alto y una especie de varita mágica. Muy llamativos eran sus ojos, bastante hundidos, miopes y que a veces parecían lanzar miradas a la vez dulces e intensas. Muy singular era también su cabello, que tenía algo como flamante. El rostro era de facciones muy regulares. Pero al mismo tiempo tenía algo —y nuevamente es difícil encontrar la palabra adecuada— del animal que guarda alimento en sus carrillos. El momento del librero y el coleccionista, que tiene un destacado papel en su pensamiento, marcaba también su fisonomía. Pero quien lo conoció advertía algo fundamental: no había en él algo así como espontaneidad y calor humanos en sentido corriente. Pero no era lo que corrientemente se entiende por fría intelectualidad. Más bien era como si hubiese pagado un precio terrible por la fuerza metafísica de lo que veía y trataba de expresar con palabras exactas; como cuando hablaba, por así decirlo, como un muerto como precio por poder conocer las cosas sobria y serenamente y no por conocer a los vivos. Aunque no era ascético, ni parco, ni nada por el estilo, en él había un momento de incorporeidad. Jamás he visto a un hombre en el que toda la existencia, incluida la empírica, estuviese tan acabadamente marcada por la espiritualización. Sin embargo, cada palabra que pronunciaba transmitía a través de su espíritu una suerte de felicidad sensual que como felicidad meramente sensible, directa, viva, probablemente le hubiera sido negada.³⁶

La descripción que Adorno nos da de Benjamin es muy cercana a la de un místico, sin duda, es el retrato de un ser profundamente espiritual.

³⁶ Adorno, “Recuerdos”, 167-168.

Esto es coincidente con el trabajo filosófico de Benjamin. La filosofía benjaminiana destaca por haber hecho confluír la lectura materialista de la historia con el elemento mesiánico propio del judaísmo. Su propia muerte no se explica sin esta extravagante y, en su momento, inédita amalgama. En este sentido, Adorno asevera que aquello que caracterizaba a Benjamin, a quien llamó en 1950 “tesorero de la filosofía”³⁷: “... era que en él la fuerza filosófica se extendía a objetos no filosóficos, a materiales en apariencia ciegos y carentes de intención [...] se mostraba tanto más lúcido cuanto menos aquello de lo que hablaba tenía que ver con los, digamos, objetos oficiales de la filosofía”.³⁸

Como ocurrió con Kracauer, Benjamin se distinguía en lo filosófico por su rescate de lo supuestamente insignificante, y en lo sociológico por una repulsa a los efectos de la “psicología de las masas”. Benjamin buscaba el contenido de verdad “en el detalle micrológico”,³⁹ y según él mismo: “no habría hecho frente común ni con su propia madre”.⁴⁰ Había pues, en Benjamin, una “incompatibilidad” entre “su naturaleza intelectual”⁴¹ y las lógicas del grupo.

Adorno se ubica entre aquellos pocos que pudieron apreciar en su momento la magnitud del pensamiento de Benjamin. En efecto, a Adorno se debe en buena medida que hoy, el fallecido en septiembre de 1940 durante la persecución nazi, goce de un lugar primordial dentro de las tareas filosóficas impuestas a nosotros hoy día.

³⁷ Theodor W. Adorno, “Epílogo a *Infancia en Berlín hacia 1900*”, en *Miscelánea I, Obra completa 20/1* (Madrid: Akal, 2010), 163.

³⁸ Adorno, “Recuerdos”, 166.

³⁹ Theodor W. Adorno, “Prólogo a *Estudios sobre la filosofía de Walter Benjamin*, de Rolf Tiedemann”, en *Miscelánea I*, 171.

⁴⁰ Theodor W. Adorno, “*A l'écart de tous courants*”, en *Miscelánea I*, 179. Así aparece en la traducción catalana. Así debe permanecer.

⁴¹ Adorno, “*A l'écart de tous courants*”, 179.

Cuando, en septiembre de 1940, recibí en Nueva York la noticia de su muerte, tuve real y literalmente el sentimiento de que con esa muerte, que impedía la terminación de una gran obra, se le había arrebatado a la filosofía lo mejor que podía esperar. Desde esa época he considerado una tarea esencial hacer todo lo que esté en mi débil mano para que lo que de su obra existe y es sólo un fragmento respecto de su posibilidad dé nuevamente una idea de aquel potencial.⁴²

El grado de Cornelius, la jerarquía de Horkheimer

El 18 de abril de 1921 Adorno se inscribió en la Johann Wolfgang Goethe-Universität para cursar el doctorado. “En su primer semestre de verano se matriculó en un seminario de cuatro horas que Hans Cornelius impartía sobre la teoría del conocimiento, y asistió también a su curso de introducción a la filosofía”.⁴³ Un año después, en 1922, Max Horkheimer (14 de febrero de 1895-7 de julio de 1973), quien antes había estudiado en Friburgo con Husserl y Heidegger, obtendría su doctorado teniendo al mismo Cornelius —de quien era asistente— como director de tesis; la psicología era el tema central de ésta.⁴⁴ La tesis con la que Horkheimer se doctoró trataba sobre la teoría del conocimiento. Si bien Cornelius “ejerció un influjo decisivo”⁴⁵ en él, Horkheimer conservó siempre “suficiente independencia para defender una posición propia”.⁴⁶ Esta puntuación de Müller-Doohm advierte que, en realidad, ni Horkheimer ni Adorno se adscribieron del todo a la posición filosófica

⁴² Adorno, “Recuerdos”, 169.

⁴³ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 105.

⁴⁴ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 115.

⁴⁵ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 115.

⁴⁶ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 113.

de Cornelius, por más que su tutela y apoyo fueran determinantes para sus carreras académicas. Pero, ¿quién era Hans Cornelius (27 de septiembre de 1863-23 de agosto de 1947)?

Cornelius era todo menos un científico especializado con anteojeras; más bien, exhibía un gusto artístico extraordinariamente refinado. Además de su docencia universitaria, tenía actividades de pintor, escultor y pianista. Hans Cornelius, según las palabras de Adorno mismo, era un “agudo”, pero no ortodoxo, representante del neokantismo, de una dirección del pensamiento filosófico en la que había diversas corrientes, por ejemplo, la de Marburgo y la del sudoeste de Alemania. Era común a esas direcciones de pensamiento, por una parte, la oposición a la metafísica especulativa, en concreto a la filosofía de la vida, y, por otra, la defensa de la perspectiva crítica de Kant y la referencia estricta a la realidad empírica.⁴⁷

Las inclinaciones artísticas de Cornelius, así como su no ortodoxia en Kant, fueron determinantes para que Adorno, como antes Horkheimer, lo eligiera como director de su trabajo para doctorarse.

Evidentemente, fue en este tiempo y espacio que se dio el encuentro entre Adorno y Horkheimer. En específico, fue en un seminario del psicólogo de la forma Adhémar Gelb.⁴⁸ La ligadura definitiva entre estos dos hombres, que con el tiempo devendrá emblema de la Teoría Crítica, cuajó después de una ponencia de Horkheimer sobre la filosofía de Husserl. Adorno narra al propio Horkheimer aquel momento:

Fui hacia ti espontáneamente y me presenté. Desde entonces estuvimos juntos. Entre mis primeras impresiones guardo la de una elegancia ligeramente

⁴⁷ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 107-108.

⁴⁸ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 113.

audaz, que se alejaba tanto de los buenos modales burgueses como de la manera de presentarse a los estudiantes. Pero tu rostro era apasionado y ascéticamente delgado. Tenías aspecto de *gentleman* y a la vez de un fugitivo de nacimiento. A esto correspondía también tu forma de vivir. Pronto adquiriste una casa con Fred Pollock en Kronberg, en la que vivíais retirados y con sensible aversión a las habitaciones amuebladas.⁴⁹

En efecto, a Horkheimer, El Mamut, como lo denominó posteriormente Adorno, lo distinguía la sobriedad y el rechazo al exceso. Había nacido en Stuttgart en una familia también empresarial, dedicada a los textiles. Siendo hijo único, Horkheimer estaba destinado a hacerse cargo de la compañía de su padre. No obstante, “su estancia en Bélgica e Inglaterra, así como la experiencia de la Primera Guerra Mundial, hicieron que surgieran en él dudas sobre la posibilidad de defender en un plano moral una existencia basada en la economía burguesa”.⁵⁰ Ciertamente, a Horkheimer le parecía obscena la dominación y la degradación de las vidas que exige el capitalismo para su sostén. Este juicio nació en él al haber trabajado por una temporada en la empresa paterna y haber observado allí las condiciones de vida y las premuras diarias de sus empleados. En *Ocaso*, libro de aforismos terminado en el funesto 1933, que Horkheimer prefirió presentar, por obvias razones, con el pseudónimo de Heinrich Regius, abundan los párrafos en donde descargó su crítica, por momentos sarcástica, contra el modo de vida moral y material que impone la economía monetaria moderna.⁵¹

En función de la aversión que le representaba a Horkheimer la vida bajo el capitalismo, se fue aproximando hacia el marxismo. Declaró por

⁴⁹ Citado en Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 113-114.

⁵⁰ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 115.

⁵¹ Me uno a quienes piensan que *Ocaso* es el primer libro de lo que en sentido estricto se llama Teoría Crítica. Este libro impactaría profundamente a Adorno, quien en la siguiente década escribiría su propio libro de aforismos, dedicado por cierto a Horkheimer: *Mínima moralía*.

aquellos días que la teoría de Marx se presentaba como la “mejor exposición crítica de la historia”,⁵² de aquí que su posición filosófica tomara distancia de Cornelius. En este tenor, Horkheimer también expresó: “No hemos de buscar leyes formales del conocimiento, que en el fondo apenas tienen importancia, sino enunciados materiales sobre nuestra vida y su sentido”.⁵³ Esta concepción de la filosofía y de la historia derivó en la creación de una Teoría Crítica cuyo objetivo expreso será contribuir al cese de la explotación humana y, por lo tanto, a la llegada de una sociedad justa. Postura que no mucho tiempo después será también la de Adorno.

En este recuento se puede ubicar uno de los puntos determinantes en el devenir filosófico de Adorno, alentado en buena medida por la aparición de Horkheimer en su vida. Su situación se va perfilando de tal manera que se ve atraído con fuerza por las ideas que aquel le infundía, amén de las lecturas que hacía en privado de manera extrauniversitaria de destacados marxistas. Pero esa posición filosófica era contradictoria a la que debía adoptar académicamente al trabajar junto a Cornelius. A este respecto dice Müller-Doohm: “No es de suponer que escapara al joven estudiante de filosofía, Adorno, esta forma de pensar opuesta a Cornelius”.⁵⁴ Y continúa:

Este rasgo de desacuerdo se pone de manifiesto también en una carta de noviembre de 1921 que Horkheimer escribió a su futura mujer y en la que probablemente se hace alusión a Adorno. “Ayer le propiné todo un discurso a un joven filósofo sobre la tarea de la filosofía. Él estaba entusiasmado. Por desgracia no he sabido hasta hoy que C. se encontraba en el despacho contigo: tuvo que oír mis exposiciones, que eran totalmente contrarias a sus puntos de vista.”⁵⁵

⁵² Citado en Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 120.

⁵³ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 113.

⁵⁴ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 113.

⁵⁵ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 113.

El inicio de las carreras académicas de Adorno y Horkheimer está marcado por un conflicto dialéctico muy particular: por un lado desean ir hacia Marx, por el otro deben de ahondar en el neokantismo.

Entre 1921 y 1924 nos encontramos, entonces, con un Adorno que, por una parte “estaba fascinado por los libros de autores antiburgueses y críticos como Ernst Bloch (*Espíritu de la utopía*) y Georg Lukács (*Teoría de la novela*)”, pero por otra, se avocaba oficialmente a trabajos académicos “como la tesis doctoral sobre Husserl, en 1924, e incluso el primer esbozo de su escrito de habilitación, sobre *El concepto del inconsciente en la psicología trascendental [Begriff des Unbewußten in der transzendentalen Seelenlehre]*, de 1927”. En ambos tempranos trabajos, Adorno “se atenía a la estricta filosofía de la inmanencia del catedrático [Cornelius]”.⁵⁶ En lo que toca a su trabajo de tesis doctoral:

Rigiéndose por la perspectiva de Cornelius, Adorno, a sus veinte años, disputó con el fenomenólogo de Friburgo y confrontó la posición del idealismo trascendental con las *Investigaciones lógicas* y las *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica* de Husserl. Hizo como doctorando lo que más tarde había de rechazar como “filosofía del punto de vista”. En la tesis, cuyas tres secciones breves contenían citas con largos pasajes de los escritos de Husserl, Adorno se refería al autor de la fenomenología y a Cornelius, y fuera de esto solamente a la *Crítica de la razón pura* de Kant.⁵⁷

Adorno terminó sus estudios de filosofía con el doctorado en esta materia en el verano de 1924, después de siete semestres de haberse matriculado, en un país que entraba en una grave recesión monetaria.

⁵⁶ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 117.

⁵⁷ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 119.

¿Qué posibilidades tenía, por aquellos años, de hacer una carrera académica en el contexto económico de un país en crisis, mismo que ponía en duda incluso la permanencia de la Universidad de Fráncfort? Müller-Doohm afirma que esas posibilidades “eran muy reducidas”.⁵⁸ Ni siquiera “las buenas relaciones que tenía con Cornelius ni la amplitud de los ámbitos científicos que le interesaban” lo podían poner al resguardo del desempleo. “Se agregaba como agravante que, para más de uno, el joven filósofo y teórico de la música que además sabía componer era exótico por su extrema intelectualidad”. Si bien era admirado “por sus múltiples talentos y su destreza verbal, en el ambiente convencional de la ciencia académicamente establecida se le miraba con recelo y hasta se procuraba evitarle”.⁵⁹ En esta situación un nuevo encuentro ocurrirá en la vida de Adorno, uno que tendrá las mayores consecuencias en su devenir intelectual: aquel con Alban Berg.

Alban Berg, maestro de la transición espiritual de Adorno

Alban Berg (9 de febrero de 1885-24 de diciembre de 1935) fue un músico vienés representante de la atonalidad, escuela musical fundada en Viena por Arnold Schönberg, de quien fue alumno. En la extensa monografía que Adorno le dedicó: “Berg. El maestro de la transición mínima”, se nos narra cómo lo conoció:

Lo conocí en la fiesta del *Allgemeiner Deutscher Musikverein* de Fráncfort, en la primavera o el comienzo del verano de 1924, la tarde del estreno de los

⁵⁸ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 123.

⁵⁹ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 124.

tres fragmentos del *Wozzeck*. Cautivado por la obra, rogué a Scherchen, con quien mantenía contactos, que me presentara a Berg. En cuestión de minutos acordamos que yo iría a Viena para ser su alumno; antes tenía que esperar a doctorarme en julio. El traslado a Viena se retrasó hasta principios de enero de 1925. La primera impresión que había tenido de Berg en Fráncfort había sido la de una extrema amabilidad unida a una gran timidez, lo cual hizo desaparecer en mí el temor que de otra manera me hubiera inspirado aquel hombre que admiraba sin medida. Cuando evoco aquel impulso que espontáneamente me llevó hacia él, me doy cuenta de que ese impulso era sin duda genuino, pero tenía que ver con algo esencial en Berg: escuchando los fragmentos del *Wozzeck*, sobre todo la introducción a la marcha y la propia marcha, me pareció estar oyendo a Mahler y a Schönberg juntos, y en aquel entonces aquello me parecía la auténtica nueva música.⁶⁰

Por aquellos días, Adorno “quería romper los límites de la formación que había recibido con Bernhard Sekles y que le parecían cada vez más estrechos”. No obstante esas limitaciones, que consideraba no podía atravesar solo, Adorno “estaba ya familiarizado con la práctica de la composición cuando escribió a Berg una carta pidiéndole oficialmente que le admitiera como alumno”.⁶¹ Esto decía Adorno a Berg en su misiva:

Con independencia de las clases [con Sekles], he seguido escribiendo para mí; *Seis estudios para cuarteto de cuerda* (1920) fueron ejecutados en 1921 por el cuarteto Rebner-Hindemith en forma privada, y mi *Cuarteto* núm. 1 (1921) lo fue en 1923 por Hans Lange. Además, he escrito dos tríos para cuerdas y canciones para diferentes intérpretes. Los últimos años han estado dedicados esencialmente al trabajo científico, pianístico y técnico: en ese

⁶⁰ Theodor W. Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, en *Monografías musicales, Obra completa* 13 (Madrid: Akal, 2008), 334.

⁶¹ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 129.

periodo surgieron tres coros a cuatro voces femeninas *a capella* (1923) y dos piezas para piano. Actualmente, estoy descontento con todo ello y, a fin de concretar mis nuevos planes, quisiera confiarme antes que nada a su dirección y control. Se trata de problemas técnicos muy determinados que siento que me exceden. Creo que puedo decirle muy exactamente dónde lo necesito [...]. Con sincera admiración, Dr. T. Wiesengrund-Adorno.⁶²

Si bien Adorno reconoció la jerarquía que Kracauer, Benjamin y Horkheimer tenían en asuntos filosóficos, siempre “intentó tratarlos de igual a igual”.⁶³ Con Berg su posición fue otra, confiesa tenerle una admiración “sin medida” y expresamente le pide que lo tome bajo “su dirección y control”. Los maestros filosóficos llegaron, de una o otra manera, a Adorno, pero él fue en busca de su maestro musical. Esto le da un peso específico a la jefatura espiritual que Berg ejerció en Adorno. De los astros que conforman su constelación espiritual constituyente, Berg es, desde mi juicio, el elemento de mayor preponderancia. En lo sucesivo espero mostrar, mediante lo que el alumno dijo del maestro, cómo su talante anímico, su estilo de escritura, así como su valoración de Freud fueron alimentados por los meses que estuvo estudiando composición en Viena con Berg.

El traslado de Adorno a la capital austriaca no se dio en enero de 1925 sino en marzo del mismo año. Al llegar a Viena, Adorno alquiló un cuarto en la pensión *Luisenheim*. Esta pensión se ubicaba en el noveno distrito de la ciudad, “era cualquier cosa menos un establecimiento convencional”, se trataba más bien de una casa estilo *Gründerzeit*.⁶⁴ Desde este lugar, dice Adorno:

⁶² Citado en Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 129.

⁶³ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 125.

⁶⁴ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 130.

Dos veces por semana peregrinaba yo a Hietzing, concretamente al número 27 de la Trauttmansdorffgasse, donde estaba el mismo piso bajo en el que ahora continúa viviendo Helene Berg. Por aquel entonces, aquella calle me parecía de una belleza incomparable [...] En 1925, antes de pisar la casa por primera vez, supe dónde estaba gracias a unos acordes disonantes procedentes de un piano, concretamente los del *Concierto de cámara*, al que Berg estaba dando los últimos retoques.⁶⁵

No era, por supuesto, cualquier ciudad la que visitaba Adorno, era la de Schiele, Klimt, Kokoschka, Musil, Broch, Mahler, Freud, Kraus... Viena era por entonces la urbe europea que, en materia estética e intelectual, había llevado la crítica del lenguaje en sus distintas manifestaciones más lejos. “Aun cuando, en parte, estos círculos intelectuales ya se habían disuelto en la época en que Adorno estuvo en Viena [...] no dejó por ello de aprovechar su influencia”.⁶⁶ Berg, por su parte, tendrá entre las tareas que su tutelaje le imponía la de introducir al joven estudiante en la particularidad sensitiva vienesa, notablemente la gastronómica:

Al lado de Berg se podía saber lo que es la cultura austríaca de los sentidos; imposible olvidar su afición a la buena mesa y el buen vino, similar a la que pudiera encontrarse en París. A él le debo haber conocido el excelente restaurante Weide de Speising, que por aquel entonces era literal y figuradamente de lo más negro y amarillo que imaginarse pueda, con su famoso pastel de cangrejo.⁶⁷

De las varias personalidades descollantes cuya humanidad y obra habitaba aquella Viena, Karl Kraus, ese que Adorno caracterizó como “psicólogo

⁶⁵ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 335.

⁶⁶ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 131.

⁶⁷ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 337-338.

go antipsicólogo”,⁶⁸ era de la predilección de Alban Berg. De manera tal vez menos evidente, Adorno mismo pasaría a estar cautivado por Kraus quien, según su opinión, era “maestro de la crítica inmanente”.⁶⁹ Si bien, como escribió Adorno, “el fanatismo no iba con él [...] Berg veneraba sin límites a Kraus; siempre que me pasaba por Viena, asistíamos juntos a todas las lecturas públicas de Kraus a las que nos era posible asistir”. De hecho, “Su relación con Kraus era la que se tiene con alguien a quien se considera una autoridad”,⁷⁰ sólo comparable con aquella que también mantenía con Schönberg. En referencia a esto último, según Adorno: “Su peculiar manera de permanecer fijo en el pasado, en el mundo de los padres, y también su sumisión a Schönberg, que llegaba hasta el temor —en cierta ocasión contó que, incluso siendo ya adultos, él y Webern seguían dialogando siempre con Schönberg en tono interrogativo—, trae a la mente con fatal automatismo el concepto de neurosis”.⁷¹

Aparece la neurosis, la de Berg según Adorno, y con ella, la ineludible invocación de Freud y el psicoanálisis. En efecto, sostengo que será precisamente por el trato con Berg y con la Viena que él le mostró, que Adorno se decida a leer de manera sostenida, desde este momento de su vida y hasta su muerte, la obra de Freud que, como sabemos, será fundamental para las tareas del grupo de intelectualidades asociadas a la Escuela de Fráncfurt. Adorno, de hecho, caracterizó a Berg como alguien que era “amigo de los análisis”.⁷² Más reveladoras al respecto resultan estas declaraciones del mismo Adorno:

Es cierto que Berg se sentía neurótico, y también que sabía lo suficiente de psicoanálisis como para cuestionarse su asma y otros síntomas evidentes,

⁶⁸ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 138.

⁶⁹ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 138.

⁷⁰ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 351.

⁷¹ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 340.

⁷² Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 361.

como su temor a las tormentas. Él mismo me interpretó un día un sueño mío. Además, siendo joven había conocido a Freud en un hotel de los Dolomitas, creo que en San Martino; había enfermado de una de sus habituales gripes y se regocijó viendo cómo Freud, el único médico que había en el hotel, no sabía cómo tratar aquella trivial enfermedad. Le gustaba bromear con el componente psíquico de sus males. Ligeras indisposiciones le proporcionaban una excusa para revivir la situación, a menudo dichosa, del niño enfermo rodeado de cuidados.⁷³

El gran maestro de Adorno fue alguien que conoció y puso a prueba a Freud; alguien que afirmaba poseer un saber psicoanalítico suficiente para interpretar los orígenes y sentidos de sus malestares psíquicos, y hacer lo propio al menos con un sueño de su discípulo frankfurtiano; también “admiraba tanto el ingenio, la agilidad mental y la vivacidad intelectual [...] que él mismo desarrolló un talento propio para las agudezas y los juegos de palabras, casi siempre sombríos”.⁷⁴ En relación a esto último, recuérdese que Freud mismo describe el trabajo del inconsciente como uno que esencialmente opera sobre el lenguaje, produciendo así composiciones psíquicas que resultan nebulosas para el sujeto que las sufre. En este sentido, en un texto que data de 1930, Adorno apuntaba el parentesco entre el trabajo del sueño revelado por el psicoanálisis y las composiciones de Berg:

...la música de Berg es como un ser que se desarrolla al modo de la planta. Su esquema es el del *organismo* [...] Este ser “orgánico” en la música de Berg es lo que conecta al compositor con el siglo XIX y el romanticismo; su misión

⁷³ Müller-Doohm, *En tierra de nadie*, 340-341.

⁷⁴ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 337.

consistía en ir poco a poco clarificándolo, concebirlo tectónicamente, sin desterrar de él a la naturaleza, que en él se presenta originariamente oscura, amorfa, de desarrollo inconsciente y semejante al sueño. Todo esto no es ajeno a Schönberg; *La espera* tiene bastante de ello, y ambos convergen aquí con elementos del psicoanálisis, que no por casualidad nació en la ciudad de Schönberg y Berg.⁷⁵

Adorno transformó su ser al pasar por el trato personal con Alban Berg. Sería sin duda osado y en el extremo falso, decir que Adorno “se analizó” con Berg, pues éste era compositor no practicante del psicoanálisis. No obstante, Adorno afirmó que Berg lo había curado de una tara muy particular, dice: “me curó de una vez por todas de la tendencia al relleno armónico”.⁷⁶ Adorno renuncia precisamente al adorno innecesario en su escritura por el influjo de Berg. Esta cura supuso, por lo demás, que Berg se aproximó a su alumno de una manera muy semejante a la que Freud adoptó con sus consultantes, una vez que despejó el concepto de transferencia, pues implicaba quitarle “de la manera más afectuosa” sus “inhibiciones a la hora de componer”.⁷⁷

Lo recién citado, y que en términos psicoanalíticos puedo llamar la fuerte relación transferencial que Adorno tenía hacia Berg (esto implicaba que lo ubicaba muy claramente en el lugar del saber), me parecen elementos si no suficientes, no desdeñables para sostener que el interés de Adorno por Freud y el psicoanálisis fueron afianzados por su trato íntimo con Berg. Un par de datos que apoyan mi conjetura radican, por un lado, en que cuando Adorno regresó a Fráncfurt proveniente de Viena para habilitarse como profesor de su universidad, decidió original-

⁷⁵ Adorno, “Berg y Webern”, en *Miscelánea II, Obra completa 20/2* (Madrid: Akal, 2014), 816.

⁷⁶ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 358.

⁷⁷ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 358.

mente hacer, entre finales de 1925 y hasta 1927, un trabajo que tenía por objetivo “determinar el concepto de inconsciente desde el punto de vista trascendental y fundamentar trascendentalmente la ciencia que tiene como objeto el inconsciente”.⁷⁸ A lo largo de este trabajo Adorno trató de mostrar que el psicoanálisis de Freud constituye la verdadera ciencia del inconsciente, entiéndase: aquella que se ajusta a las exigencias establecidas por Kant, a través de las cuales se puede dirimir una teoría verdadera de una falsa. Aquí, en su “Kant con Freud”, Adorno abordará por primera vez de manera sostenida la textualidad psicoanalítica freudiana, la cual tuvo el olfato de distinguir de las elaboraciones de Jung y Adler. El segundo dato tiene que ver con la afición de Adorno, al menos desde 1934 —un año antes de la muerte de Berg— de transcribir sus sueños y agregar a ello algunas reflexiones con la intención de aclararlos, o más bien, de negativizarlos.⁷⁹ Es muy posible que esta inclinación se inspirara en aquella interpretación de un sueño que le hiciera su maestro atonal. Adorno, de hecho, gustaba llamar a Berg “ministro de asuntos exteriores del país de los sueños” ... Berg reía ante tal calificativo.⁸⁰

Freud, como se puede comprobar, reconoció que en la infancia y en los recuerdos se encontraba buena parte de la explicación a los sufrimientos de sus pacientes y, sin duda, los fundamentos de su constitución subjetiva. Benjamin, por su parte, a quien Georges Bataille, por ejemplo, calificó de “niño con bigote”, consideraba que una filosofía que no se acercara a la infancia, no era digna. Berg, de acuerdo con lo que Adorno comentó de él, estaba en la misma línea: “De los exponentes de la nueva música, él es el que menos ha reprimido la infancia estética, el libro de oro de la música”.⁸¹ A tal grado esto fue así que Adorno pensaba que Berg

⁷⁸ Adorno, “El concepto de inconsciente en la doctrina trascendental del alma”, en *Escritos filosóficos tempranos, Obra completa 1* (Madrid: Akal, 2010), 85.

⁷⁹ Ver Adorno, *Sueños* (Madrid: Akal, 2014).

⁸⁰ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 359.

⁸¹ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 327.

“consiguió llegar a adulto sin dejar de ser infantil”.⁸² La fuerza espiritual de Berg brotaba de su resistencia a la represión del pasado: “El mortal pasado sobrevive en Berg porque, en lugar de reprimirlo, Berg le permite acceder a su autoconsciencia”.⁸³ En razón de esto último, da la impresión que el encuentro entre Berg y Adorno fue el de dos niños animados, poseídos sin remedio, por lo inconsciente infantil musical. Más adelante en su vida Adorno afirmará que: “lo que realizamos en la vida es poco más que el intento de recuperar nuestra infancia”.⁸⁴

El símil que propongo entre la sensibilidad de Benjamin y la de Berg, fue en realidad en parte establecido por el propio Adorno. En su monográfico sobre Berg asoció la forma de ser de este último con la del autor de los *Pasajes*: “Lo que él llamaba lo ‘jovial’, la generosidad, se comunicaba también al gesto musical a pesar de su tendencia a sumergirse en el detalle; no había que cortar nada, la música no debía renunciar a nada. También en esto me pareció desde el principio similar a Benjamin”.⁸⁵ Más adelante, Adorno remató: “Posteriormente, con más años y un mayor conocimiento del mundo, Berg adoptó —también para compensar su aislamiento, que con el paso de los años era cada vez mayor— una especie de estrategia diplomática no muy distinta de la que le hubiera gustado a Benjamin”.⁸⁶ Esta confluencia existencial entre el nativo de Viena y el de Berlín, entre Berg y Benjamin, tal vez no resulte extraña si observamos que para ambos Baudelaire fue una especie de “antepasado suyo”. Otro poco cabe decir de Marcel Proust.⁸⁷

⁸² Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 360.

⁸³ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 344.

⁸⁴ Adorno, “Sobre la pregunta ‘¿Qué es alemán?’”, en *Consignas* (Buenos Aires: Amorrortu, 2009), 105.

⁸⁵ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 348.

⁸⁶ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 359.

⁸⁷ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 333.

Quien se acerca de manera sostenida, y no tangencial, a la obra de Adorno nota ciertos atributos representativos de la misma: su abrumante extensión; la pluralidad de materias, temas y objetos, eruditos y populares, que sometía a su implacable crítica; enunciados que más que de un filósofo parecen venir de un poeta; y por supuesto, es irrefutable que no huía de la angustia, la suya y la de la humanidad, todo lo contrario: la albergaba como el soplo ineludible para escribir, armado de contundencia y rigor. La angustia en Adorno no es un afecto tangencial con el que se topaba a veces. No, es el halo, lo raigal que anima su pensamiento, y que lo dotó de esa tonalidad melancólica tan característica. Destaca también su posición su innegociable singularidad, que en este mundo ego gregario, se resuelve en soledad incurable. Adorno entendía su escritura como un acto de amor desesperado por una humanidad eclipsada. Todo ello, no lo dudo, le fue afirmado, al menos, por la compañía de Berg y por el triste destino de éste.

En cada una de las citas que a continuación recojo se puede hacer un sencillo juego: sustituir el nombre “Berg” por el de “Adorno”. Creo que a ninguno de los dos se le traicionaría en demasía. Según Adorno:

La existencia empírica de Berg estaba sometida al primado de la producción; él mismo se afinaba como instrumento de la misma, y la sabiduría de la vida que había adquirido la empleaba sólo para crear las condiciones que le permitieran producir su obra a pesar de sus flaquezas físicas y las resistencias psicológicas. Se sabía tan cerca de la muerte, que tomaba la vida como algo provisional y enteramente dedicado a lo que podía perder, pero sin dureza ni egoísmo [...] Su distancia de lo humano era más humana que lo que entre los hombres pasa por humano. No se aferraba a la vida; su vida está como sujeta a una cláusula de reserva, por eso podía ser a la vez narcisista y desprendido. De ahí tal vez su ironía. Si es verdad que los intelectuales no deben ser padres, Berg era el hombre menos paternal

que se podía imaginar; su autoridad era la de la completa ausencia de todo autoritarismo.⁸⁸

Era precisamente esa renuncia a gobernar, a poseer al otro, “lo que lo separaba [a Berg] de los demás discípulos de la escuela de Schönberg, y seguramente también la necesidad de este hombre susceptible y enfermo de escapar a la tiranía de lo colectivo”.⁸⁹ En el 68 alemán Adorno tuvo que enfrentar las consecuencias de esta renuncia a dictar que él también mostró, la renuncia a devenir amo.

“Berg ha subrayado la negatividad del mundo con su desesperanzada fantasía”.⁹⁰ Se dice, y en parte coincido, que la máxima obra de Adorno es *Negative Dialektik*, publicada en 1966, tres años antes de su fallecimiento. No me parece una mera “forma de hablar” que juzgara la tarea artística de Berg como apuntalada, esencialmente, por ese subrayado de la negatividad. En su momento, es lo más probable, el joven Adorno no estaba en condiciones de decir esto de su gran maestro musical. Sólo será posible con el paso de los años. Lo cual me lleva a sostener que la noción de negatividad, si bien tiene un origen teórico hegeliano, fue en realidad puesta en acto ante sus oídos por Berg. Adorno intentó hacer en la escritura filosófica lo que Berg en la musical, de aquí que con posterioridad nombrara “filosofía atonal” a su filosofía. Pero: ¿cuál es el sentido específico de la negatividad aquí? Me parece que se puede ubicar en esta cita que complementa la descripción del trabajo que caracterizó a Berg. Según Adorno: “su simpatía por lo débil y sometido es radical y chocante: es la figura de la humanidad de Berg”.⁹¹

⁸⁸ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 359-360.

⁸⁹ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 353.

⁹⁰ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 331.

⁹¹ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 324.

Es común que se califique a Adorno de “pesimista”, “amargado”, por haber señalado que la generalidad social moderna somete, de punta a punta, la vida humana. A este respecto es célebre su cita del verso del escritor austríaco Ferdinand Kürnberger: “La vida no vive”. Avocarse a señalar la negatividad humana no es simplemente quejarse de la vida, es insistir en no dar por perdidas, porque “así es el mundo”, sus potencias emancipatorias en la fuerza de su amarre a las leyes monetarias y a la razón instrumental que desde allí se instala como forma “normal” de vida. Con Adorno pasa como con Berg: “Probablemente el específico tono de tristeza de su música fuera el negativo de su deseo de felicidad: la desilusión, el lamento por un mundo que no cumple la utópica expectativa que su naturaleza abriga”.⁹² La molestia que suele producir la lectura de Adorno, que se le despache calificándolo de “exagerado”, es el más recurrente recurso defensivo que protege de los efectos afectivos que trae consigo su crítica, pues es palpable en ella que nadie podría suponerse no responsable del estado del espíritu en la actualidad, lo sepa o no. Esta cualidad, este sello de garantía que acompaña a cada escrito e intervención adornianos, fue pulido por Berg:

Tan implacable era su antagonismo hacia lo establecido, y tan invariable su tendencia a considerar *a priori* sus éxitos como una suerte de malentendidos, que para él la táctica era un derecho natural. Quien quiera moralizar sobre ello estará haciendo de portavoz de un mundo que exige tanta más inmediatez cuanto más sistemáticamente la impide. Berg dirigía sus armas contra él [...] Durante los once años que lo traté siempre sentí de manera más o menos clara que, como persona empírica, nunca estaba del todo presente, nunca jugaba del todo ese juego; a veces tenía momentos de ausencia, fielmente reflejados en la vacía expresión de sus ojos.⁹³

⁹² Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 339.

⁹³ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 359.

Si se compara el final de esta cita de Adorno, con esta otra de Martin Jay, tal vez sea más entendible por qué he elevado a Berg como el astro de mayor fulgor en la constelación constitutiva de Adorno:

Hay una fotografía de Adorno muy conocida, frecuentemente utilizada por la Suhrkamp Verlag en la promoción de sus libros, que expresa sorprendentemente bien su personalidad e incluso la historia de su vida. Tomada al final de su edad madura, muestra a Adorno de perfil mirando hacia la izquierda, con una fuerte luz que ilumina sólo la parte frontal de su cabeza y el contorno de una oreja. Cortándola unos cinco centímetros por encima de las cejas, la foto centra nuestra atención en la apesadumbrada expresión de su rostro. Sus labios están abatidos, ligera, casi imperceptiblemente abiertos, y aparentemente secos. El único ojo que podemos ver aparece entornado, con la mirada dirigida hacia el interior; la inclinación hacia atrás de su cabeza sugiere a alguien perdido en sus tristes pensamientos. Las gafas, que a veces lleva en otros retratos, están ausentes; totalmente ensimismado, impide un intercambio de miradas. El efecto acumulativo que produce la foto es poderoso, mostrándonos a un hombre que medita con reprimida tristeza sobre los inauditos horrores de su vida. La “ciencia melancólica” de Adorno, resultado de sus “reflexiones de una vida truncada”, se encuentra aquí reflejada en la imagen de su rostro.⁹⁴

Para finalizar habría que decir que el nacionalsocialismo le quitó mucho a Adorno, parte de ese mucho que perdió, es cierto que de manera no directa, fue precisamente la existencia de Alban Berg, pues éste fue “proscrito por los nacionalsocialistas por bolchevista cultural y sus obras empezaron a no rentar nada, empezó a irle mal”.⁹⁵ A esta situación de pobreza se le sumó la enfermedad: “Un aspecto desconsolador de la bio-

⁹⁴ Jay, *Adorno*, 5.

⁹⁵ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 356.

grafía de Berg es que fue probablemente por ahorrar dinero por lo que no se hizo tratar de inmediato y eficazmente su forunculosis”,⁹⁶ lo cual lo llevaría a la muerte poco tiempo después, a la edad de cincuenta años. Dice Adorno: “La visión del asesinato de millones de personas perpetrado por los nazis hace olvidar otros delitos más sutiles también imputables al Tercer Reich: si aquel régimen no se hubiera estabilizado, Berg tal vez no hubiera muerto. Hasta en su muerte coexistieron el pánico y la ternura, la más horrible consecuencia lógica y la profundidad”.⁹⁷

En gran medida Theodor Wiesengrund Adorno construyó su obra en honor a los asesinados durante el régimen nazi; en honor, también, a quienes en otros tiempos fueron aniquilados, a los que ahora lo son, y a los que lo serán. Todos esos asesinatos son caídas de la persistencia del espíritu. Este texto, sin duda, ha estado dedicado a lo que de ese espíritu vivió con Adorno, en Adorno. También, a todos aquellos, los mencionados aquí y los que no, que hicieron posible su singular pensamiento, que hicieron, pues, que su vida viviera.

⁹⁶ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 356.

⁹⁷ Adorno, “Berg. El maestro de la transición mínima”, 357.

Referencias

- Adorno, Theodor. “Berg. El maestro de la transición mínima”. En: *Monografías musicales, Obra completa* 13. Madrid: Akal, 2008.
- _____. “Sobre la pregunta ‘¿Qué es alemán?’”. En: *Consignas*. Buenos Aires: Amorrortu, 2009.
- _____. “En la muerte de Kracauer”. En: *Miscelánea I, Obra completas* 20/1. Madrid: Akal, 2010.
- _____. “Recuerdos”. En: *Miscelánea I, Obra completa* 20/1. Madrid: Akal, 2010.
- _____. “Epílogo a *Infancia en Berlín hacia 1900*”. En: *Miscelánea I, Obra completa* 20/1. Madrid: Akal, 2010.
- _____. “Prólogo a *Estudios sobre la filosofía de Walter Benjamin*, de Rolf Tiedemann”. En: *Miscelánea I, Obra completa* 20/1. Madrid: Akal, 2010.
- _____. “A l’écart de tous courants”. En: *Miscelánea I, Obra completa* 20/1. Madrid: Akal, 2010.
- _____. “El concepto de inconsciente en la doctrina trascendental del alma”. En: *Escritos filosóficos tempranos, Obra completa* 1. Madrid: Akal, 2010.
- _____. *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada. Obra completa* 4. Madrid: Akal, 2013.
- _____. “Berg y Webern”. En: *Miscelánea II, Obra completa* 20/2. Madrid: Akal, 2014.
- Claussen, Detlev. *Theodor W. Adorno: uno de los últimos genios*. Vicente Gómez Ibáñez, trad. Valencia: Universitat de Valencia, 2006.
- Jay, Martin. *Adorno*. Manuel Pascual Morales, trad. Madrid: Siglo XXI, 1988.
- Müller-Doohm, Stefan. *En tierra de nadie. Theodor W. Adorno: una biografía intelectual*. Roberto H. Bernet y Raúl Gabás, trads. Barcelona: Herder, 2003.